

oceaí

Ministerio de Trabajo y Asistencia Social
— Dirección General de Asistencia Social —
Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados



Periódico quincenal
que se reparte gratis
a los refugiados

Año I

Valencia, 1 de diciembre de 1937

Núm. 6



“EVACUACION”

fragmento del cuadro
del pintor Llobregat
que refleja con todo
su dolor la tragedia
de los refugiados.

Motivos nuestros

Escenas de la O. C. E. A. R.

—Salud.

—¿Qué desea?—le pregunta la empleada.

—Ropa—contesta el que ha saludado.

Es un muchacho de unos veintidós años, moreno, pequeño, pero vivaracho, algo de moruno, movedizo, inquieto, vista penetrante, cara exigente.

—¿Quién eres? Llevas la tarjeta de evacuación.

—Soy un evadido del campo faccioso—contesta—, y añade: He marchado de aquella gente. Yo no tenía ninguna idea, era solamente un obrero trabajador y basta. No sabía nada de Sindicatos ni de socialismo, quería trabajar y vivir honradamente, como se decía antes. Vino la guerra y me incorporaron al ejército fascista. Un día, en un ataque, nos apoderamos de trincheras vuestras, que ahora son mías—hizo una pausa y prosiguió—. Encontré, entre otras cosas, prensa obrera y antifascista. Por curiosidad me la escondí; durante varios días, la leí, una, dos y tres veces. Enseguida vi que los antifascistas luchaban con entusiasmo y que la lucha tenía un sentido.

Empezó la idea a machacarme el cerebro, y para mí ya no hubo más paz.

Ocupamos un poblado, hicimos algún prisionero y los fusilaron a nuestra presencia. Ninguno de ellos flaqueó. Fueron a la muerte cantando cantos que yo no había oído nunca. Ahora sé que cantaban la «Internacional» y «A las barricadas». Murieron gritando ¡Viva la Libertad!

Calló un rato y prosiguió; la oficina se había concentrado alrededor de él:

No podía estar quieto; busqué amigos y encontré a uno. Planeamos la huida. Nos pasamos con todo... Ahora estoy entre vosotros, en espera de ir al frente a luchar contra ellos. En el campo faccioso he dejado padres y hermanos. Ahora, para mí, todos vosotros sois hermanos.

Nadie le contestó su explicación. Todos estaban silenciosos, pero la voz de la empleada se dejó sentir:

—¿Qué ropa quieres?

—Mire—contestó, y enseñó su vestimento; no llevaba nada provechoso.

...La O. C. E. A. R. le vistió todo.

Verdaderamente, se lo merecía.

Evacuación...

¡Ya llega! ¡Ya llega el tren!

Ha sido la exclamación de los chófers allí reunidos, en espera de este diario acontecimiento.

Y a lo lejos se divisa la pequeña locomotora que penosamente arrastra un número bastante crecido de unidades, por cuyas ventanillas asoman, arracimadas, infinidad de cabezas, con curiosa ansiedad.

Frente a la pequeña estación de Colmenar de Oreja están los autocares alineados, en espera de la llegada de los evacuados que a diario salen de Madrid.

Hace frío. Era por el mes de Diciembre cuando la gente pedía ella misma ser evacuada y sufría más las inclemencias del tiempo que las molestias del largo peregrinar.

Apenas llegados a la estación, los viajeros se desbordaban en el andén y corrían ansiosamente en busca de los vehículos, afanosos por ser de los primeros. Trabajo costaba retener la humana avalancha, que en su vehemencia, tomaba los coches por asalto.

—¡Aquí, aquí, madre!—gritaba una joven desde la ventanilla en que había ocupado un asiento para que, a su vez, la madre ocupara el contiguo, y, claro está, como éstos no estaban numerados, éste ya había sido ocupado por un niño, que, a su vez, dejando a sus acompañantes, había corrido para tomar su sitio, como si se tratara de una sesión de cinematógrafo.



Los ficheros de la O. C. E. A. R.

Por razones motivadas por el cambio del Gobierno, han sido trasladados a Barcelona los ficheros de la O. C. E. A. R.

Setenta y cinco muebles, con una cabida de veinte mil fichas cada uno. Seis potentes camiones han transportado la relación de todos los refugiados de la España Antifascista.

¡Qué cantidad de emociones hay en cada ficha de la O. C. E. A. R.!

Aquel que tiene la familia extraviada y llena su ficha para que la O. C. E. A. R. conteste a su petición de paradero, en vez de extender una ficha, extiende en ella todo un deseo, todo un grito de angustia.

Y la ficha va a incorporarse al grandioso vientre de la Sección de Información y Fichero, esperando que soliciten de ella.

Casi a todos les llega el turno.

Y la encargada de buscar el paradero, sabe que cuando encuentra un paradero, tiene en sus manos la felicidad, la dicha de una familia, de un individuo. Acaso un hijo que encuentra a su padre, o viceversa.

Han marchado hacia Barcelona los ficheros de los Refugiados. En cada provincia quedan aquellas fichas de los refugiados que albergan, como en los Comités Locales de Refugiados, quedan aquellas de los que están circunstancialmente en la respectiva municipalidad.

Para darse cuenta de la enorme tarea que supone, basta indicar que ha sido necesario un tiempo de cuatro a cinco meses para reunir tal cantidad, a pesar de que se ha trabajado febrilmente en ello.

Los ficheros de la O. C. E. A. R. continúan acoplando familias y dando paraderos.

Los ficheros de la O. C. E. A. R. son un esfuerzo logrado!

—Oye, camarada—dice una anciana, que acompaña a su marido, un anciano también casi desvalido—, ¿nosotros dónde subimos?

En este momento tiene que intervenir el responsable, para interpelar a unos jóvenes, que, ante el espectáculo de aquella pareja, cuya decrepitud mueve a compasión, no ha hecho que éstos se movieran de sus asientos, que, validos de sus jóvenes años, ocuparon de los primeros.

—Oye, camarada; te advierto que los primeros en ocupar los asientos deben ser las mujeres, los niños y los ancianos. Tanto más, cuanto éstos se hallan desvalidos.

—Es que nosotros también somos...

—Lo sé—ha certado rápido el responsable—; ¡pero yo no puedo permitir que vayan ellos de pie, quedando vosotros sentados! ¿Lo harías si fuesen tus padres?

Y aquellos mecetones, que tal vez eran unos huídos y no evacuados, no tuvieron más remedio que levantarse, corridos y quizá avergonzados.

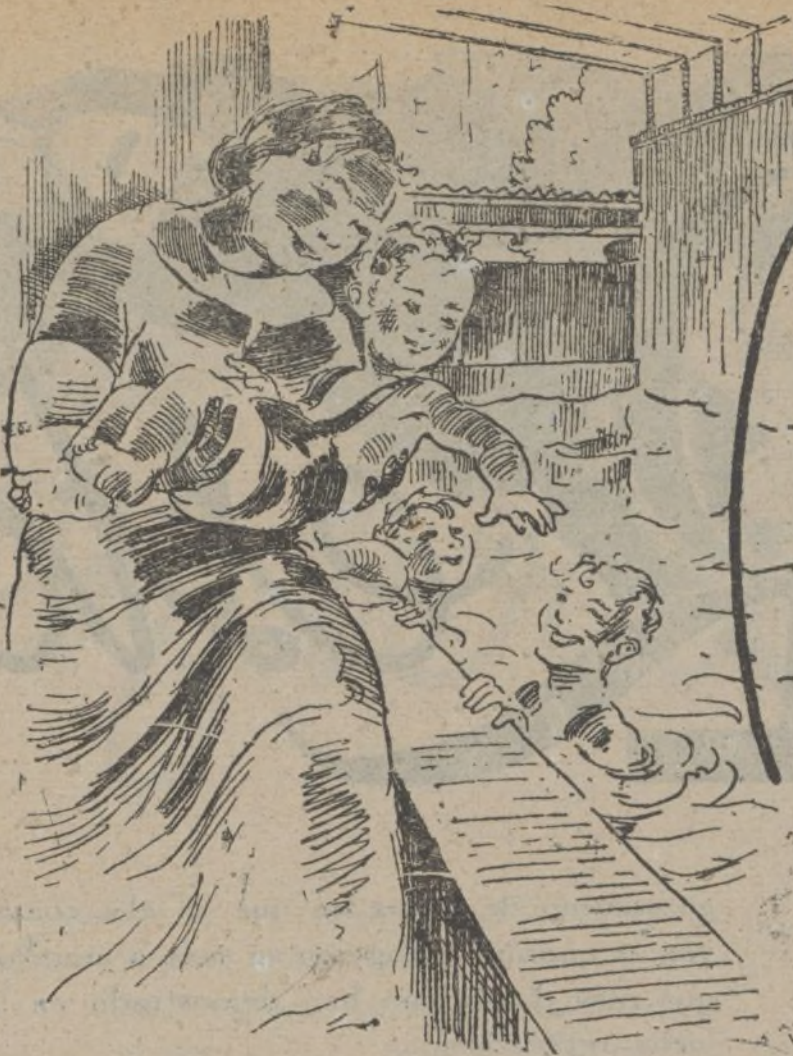
Entretanto, los coches han sido materialmente abarrotados entre público y equipajes heterogéneos y se disponen a partir hacia Alcázar de Cervantes, donde habrán de tomar el tren que les conducirá a los distintos puntos por donde se va diseminando esta humanidad doliente y dolorida, forzada a huir de los lugares donde la criminalidad enemiga se ceba entre la multitud indefensa.

Y entre risas, llantos, bromas e imprecaciones de mal gusto, se aleja la caravana.

¡La caravana pasa!

Pasa la caravana dolorida tras de un hogar que ha perdido, y lejos de mostrarse compungida, sonríe animada y decidida, esperanzada en crear otro nido.

LIBRE



EL REFUGIO DE

Margarita Nelken

A primeros de Febrero, Valencia recogía en su seno a una enorme cantidad de refugiados. Sus posibilidades de acogimiento eran enormes, ya que tenía el Refugio de la calle Luis de Sirval y el de Mariana Pineda, y otros dos o tres de más pequeña cabida. Pero, a pesar de estas posibilidades, no podía absorber aquella cantidad de refugiados que, de tránsito, se encontraban en Valencia.

Más de algunas noches se habían tenido que habilitar ciertos cines y colocar en sus vestibulos camas y catres para que pudieran descansar unas horas los ciudadanos evacuados.

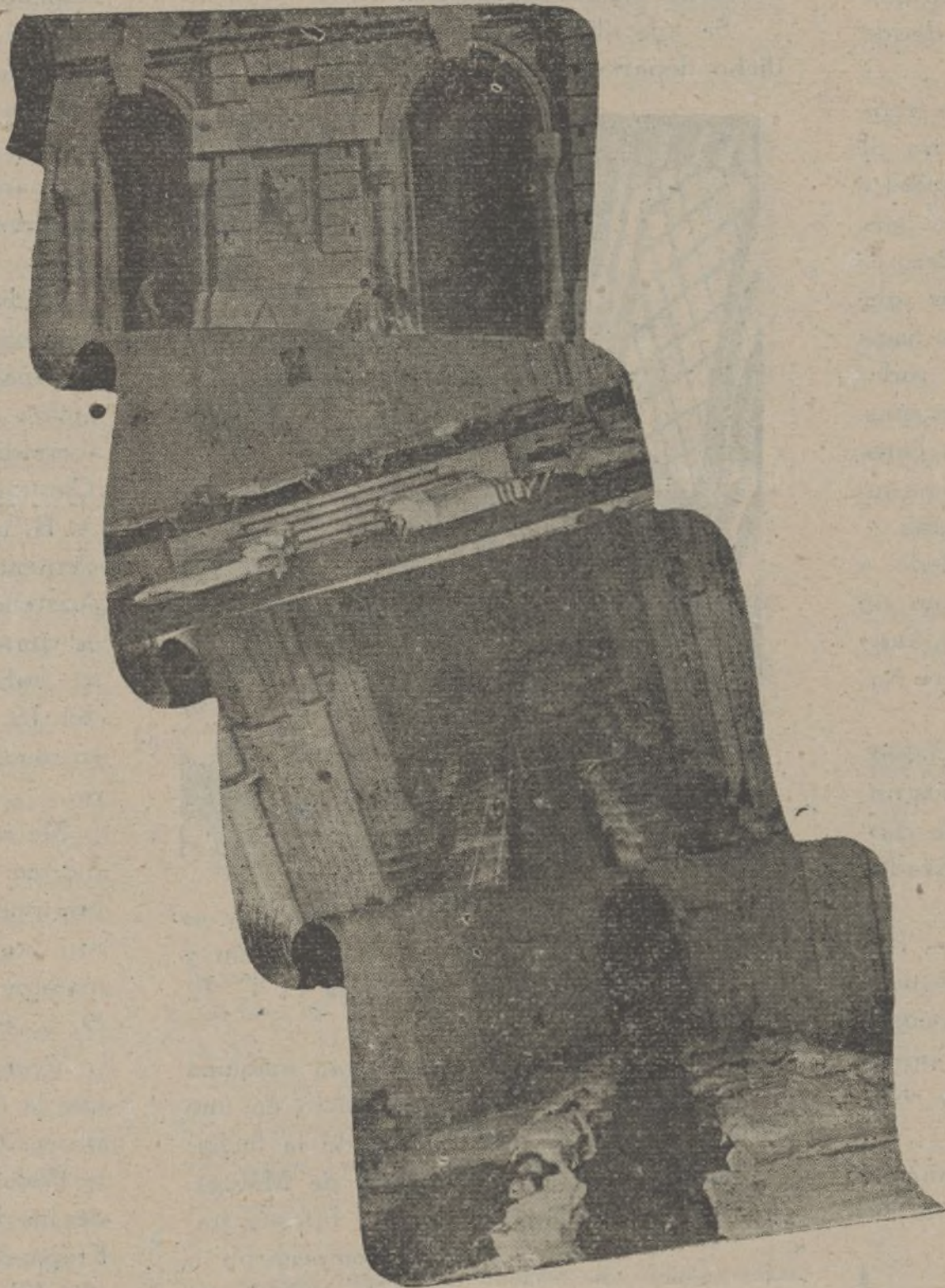
Ante esta imperiosa necesidad fué preciso poner en marcha un enorme refugio que absorbiera sin dificultades a todos aquellos que se vieran en la necesidad de pernoctar en Valencia.

Ante este estado de cosas, la O. C. E. A. R., conjuntamente con el Presidente de la Delegación de Asistencia Social en Valencia, iniciaron las gestiones para buscar un edificio que satisficiera estas necesidades.

Tarea difícil, ya que Valencia sufría en aquellos días una congestión tan enorme de gente, de organismos, tanto oficiales como antifascistas, que la busca de edificios era «arte» difícilísimo. Todo lo que tenía forma de casa, todo lo que tenía techo, era escudriñado por los buscadores de alojamiento.

Recuerdo perfectamente que Acsejo me decía, con este motivo: «buscamos edificios, que si no encontramos nada, yo tengo «escondida» una iglesia capaz para cuatrocientas o quinientas camas».

Claro, no encontramos nada, absolutamente nada, y Acsejo tuvo que sacar de un escondrijo la famosa iglesia, que, de casa Divina, desde aquel momento pasaría a ser casa humana.



Rápidamente se empezaron los trabajos. Se retiraron los objetos de culto que aun quedaban, y, como no podrá de ser menos, con el valor de las sillas y los bancos y de los mármoles, se cubrieron la mayoría de atenciones que se hicieron para convertir en un buen refugio la iglesia que hoy es Refugio de Margarita Nelken.

Se equipó de camas, se instalaron duchas, baños, posteriormente una piscina, y el Refugio de Margarita Nelken es una máquina de dormir de una capacidad de 3.500 horas de sueño diarias, contando con una cabida de unas 400 personas.

Los dormitorios, aprovechando las características de la iglesia, están divididos para hombres y mujeres; pequeñas salas destinadas a mujeres con niños, a jóvenes solas, a chicos. En fin, dentro las posibilidades que ofrece un edificio de esta índole, se han acoplado sus servicios.

Su impresión es admirable, limpio, claro, pintado de un color blancucho, lleno, repleto de camas «por todas partes y por

todos los sitios», el refugio de Margarita Nelken es un establecimiento, una casa de dormir confortable, que cumple satisfactoriamente su misión.

El régimen de convivencia es resuelto. Se admiten los refugiados que llevan su tarjeta de evacuación y refugiamiento; se les inscribe y se les da el vale para el comedor Ascaso. A las 8 de la noche se abren las salas de dormir.

A la media hora, o más tardar, a los cuarenta minutos, el refugio parece un sepulcro; nadie habla. Su quietud parece que hiela.

A veces diríase que la impresión es desagradable. Pero la voz de un niño que llora y de su madre que le arrulla, con el consabido acompañamiento de otros, da una nota agrio fuerte inolvidable.

A veces son suspiros y llantos. Recuerdos que pasan por las mentes de los durmientes, evocaciones provocadas por el edificio, que era propiedad de aquellos que hablaban de amor y que después les ametrallaron. Recuerdos de los seres perdidos. Tragedias íntimas. Esperanzas confundidas. Sentimientos contrapuestos. Reacciones distintas. Todo eso es el refugio Margarita Nelken, con sus salas de durmientes, con sus camas alineadas, desde la puerta hasta el último rincón de lo que era altar mayor. Aquella nave lleva incrustada en sus paredes y flotando en el aire todo el deseo, toda la esperanza y la ilusión de un pueblo que lucha para conseguir una vida digna de libertad, de amor y de justicia social.

Cuando se duerme en el refugio, la fuerza subconsciente de los refugiados de guerra constituye, en su yo, la fuerza que ha de impeler a la España al logro de sus objetivos y de sus ideales.

OCEAR *Para los Refugiados* está en todas partes

CONSECUENCIA de la evacuación de los ciudadanos, que no querían convivir con las hordas fascistas, fué la creación, por parte del Gobierno de la República, de un órgano que regularizara la estancia entre nosotros de los evacuados.

Al calor del pueblo, los primeros refugiados encontraron entre la masa viva de ciudadanos de la España leal a la República y a las tradiciones liberales de nuestro país, una fraternal y entusiasta acogida. Pero la considerable cantidad de evacuados que afluyeron en los primeros momentos hacia Madrid, como centro que convergían todas las ilusiones y esperanzas de los antifascistas, obligó al Gobierno de la República a constituir un Comité de Refugiados, que tenía jurisdicción por toda la capital de España.

Bien pronto se tuvo que ascenderlo a la categoría de Nacional, y lo que en un principio fué Comité de Refugiados de Guerra de Madrid, se transformó en Comité Nacional de Refugiados de Guerra.

Este Comité realizó la más difícil labor, en colaboración de todos los organismos antifascistas. Evacuó toda la más grande cantidad de ciudadanos que huían aterrorizados de la garra fascista.

Pero no pudo ampliar su labor con aquella perfección necesaria. La premura del tiempo, la falta de medio, la preocupación de la guerra, privaron de que se orientara debidamente el problema de los refugiados en todos los sentidos.

Creado entonces el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, se creyó conveniente in-

corporar a estos departamentos los servicios de evacuación y refugiamiento.

Fué un gran acierto del Gobierno de la República, ya que la labor peculiar de Asistencia Social cuajaba perfectamente con el problema de los refugiados.

Se adscribieron, pues, estos servicios a dicho departamento, por medio de una Ofi-



cina aneja a él. Esta oficina, la que hoy es la célebre Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados, o sea la O. C. E. A. R.

La O. C. E. A. R., esta gran máquina de Evacuación y Refugiados, nació en uno de los momentos más difíciles de la lucha: en Febrero, cuando la pérdida de Málaga. Cuando los cuerpos del ejército fascista italiano empezaron a invadir nuestro territorio.

Pero, a pesar de esta primera tarea difícil, en que tuvo que intervenir activamente, empezó a laborar con dinamismo y energía abundante.

La marcha ha sido y es ascendente. La O. C. E. A. R. es uno de aquellos organismos que rebosa vitalidad. El

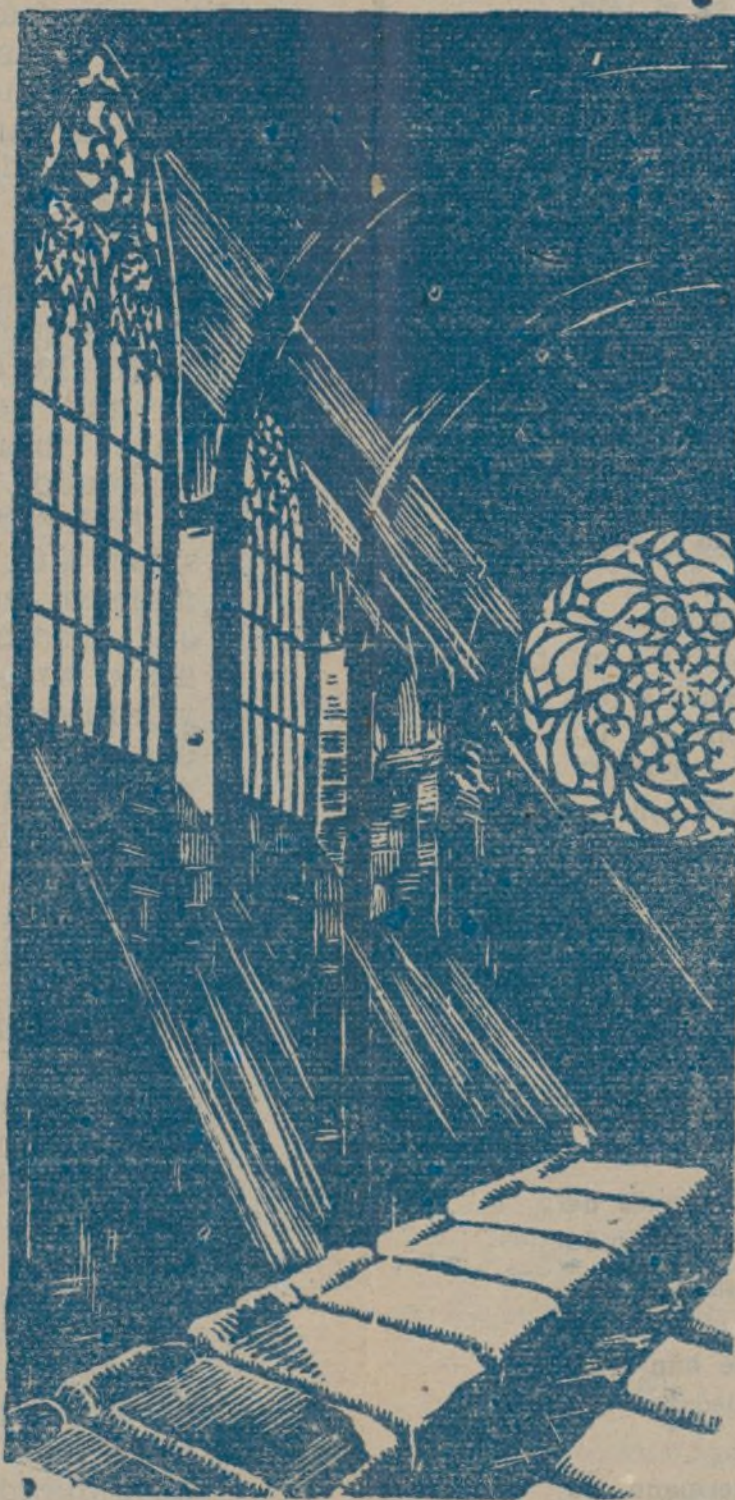
entusiasmo de todos los que en ella conviven es enorme. Acoge en su seno a aquellos que más dinamismo han demostrado en la lucha antifascista.

Recuerdo, a propósito, la visita de una respetable señora diputada inglesa, que, en una de las visitas primaverales, que tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra nos acostumbran a hacer los extranjeros, me preguntó varias y repetidas veces si el aparato funcional de los refugiados existía antes de la guerra. Preguntaba de dónde procedía el personal que intervenía en evacuación y se extrañaba que, sin una preparación sólida, cumplieran tan acertadamente su misión. Ciertamente que en la O. C. E. A. R. hay una buena parte de elementos procedentes de Asistencia Social, pero también es cierto que hay muchos que su trabajo peculiar de antes del 19 de Julio dista de ser, en mucho, el que realizan ahora.

Me indicaba cómo era posible, en tan poco tiempo y con tan poco dinero, se organizaran tantos y tantos establecimientos como tenía entonces la O. C. E. A. R.

Y era en aquellos tiempos que la O. C. E. A. R. aún no poseía la Maternidad de Fuente Podrida y el Refugio Giner de los Ríos y las Oficinas de Etapa de Caspe, de Castuera, de Albacete, de Huelva, y aún no funcionaba la célebre Policlínica que ha venido haciéndolo desde Mayo en la ciudad del Tula.

Ciertamente que tenía entonces la O. C. E. A. R. la Maternidad de Vélaz Rubio y un sin fin de Refugios, tales como el de Margarita Nelken, la Borrasca, Mariana Pineda, Ramón y Cajal, el Hospital de Refugiados, y los comedores Ascaso y de la Estación del Norte de Valencia, así como el Refugio de García Paredes, de Madrid, y una serie de servicios adyacentes, pero que no había llegado aún a la capacidad y perfección de ahora.



Desearía de buena gana que la ciudadana inglesa tuviera ocasión de volvernos a visitar y observaría gustosamente con su admiración, al vernos aún más perfeccionados. Gozaría en llevarla a la Maternidad de Fuente Podrida, admiración de propios y extraños, algo que quedará definitivamente, demostrándole la gran capacidad constructiva del pueblo español, unida a una fina sensibilidad que nos hace envidiable por todos los conceptos.

Quién no se siente admirado ante la delicadeza que supone esa obra meritoria que aleja a las futuras madres de las inquietudes del frente.

Ese acto solo, sirve para clasificar a todo un pueblo.

Y es que en nuestro temperamento hay siempre algo tan elevado, que todos aquellos pequeños defectos que se nos achacan pierden toda importancia al lado de la grandeza de miras que nos guía.

La O. C. E. A. R. es una prueba palpable de nuestra potencialidad creadora y constructiva, en todos los órdenes, en todos los detalles, en todos los aspectos y terrenos.

Con poco dinero, aproximadamente siete millones, en diez meses, con una cantidad insignificante, se ha logrado toda una red de servicios que realizan una gran labor. Conviene enumerarlos para que se sepa claramente lo que es la O. C. E. A. R. En concreto, actualmente, realiza toda la labor de evacuación, tanto en España como en el extranjero, y refugiamiento necesario para evacuados. Distribuye, les

atiende sanitariamente, les viste; sus distribuciones de ropa son elocuentísimas; reúne, valiéndose de su enorme fichero, a las familias que se separaron en la confusión de la evacuación.

Atiende a los refugiados de todas las maneras que imaginarse pueda.

Además, ha organizado las expediciones de niños a Rusia, Francia y México.

Pero eso es poco aún; la O. C. E. A. R.

le cabe el honor de haber hecho una legislación para los refugiados. Y la ha hecho y la hace cumplir con poco aparato. Por mediación de los Jefes de Etapas y de los Comités Locales de Refugiados.

Esta labor política, esa labor delicada, la O. C. E. A. R. la realiza sin ningún contratiempo. Ni un solo acto de protesta co-



activa, ni una sencilla alteración de orden público se le ha presentado a la O. C. E. A. R.

Labor doble, labor directiva, labor rectora, función política, desarrollada admirablemente por aquellos que han regido desde las altas esferas los destinos de la O. C. E. A. R.

Labor doble, funciones de efectividad manifiesta, de difícil ejecución y de fuerte valor antifascista.

La O. C. E. A. R. ha hecho, con su trabajo, un gran beneficio a la causa del pueblo antifascista.

Gracias a sus servicios, gracias a su trato, el difícil problema de los refugiados no ha producido en el territorio de la España antifascista ni un

problema de dudas ciudadanas, ni un conflicto de orden público, ni una epidemia, y no ha sido, en ningún momento, una actividad dedicada a lograr prosélitos y hacer la labor política.

La O. C. E. A. R. reúne en sí misma una perfección antifascista, en todos sus aspectos políticos, funcionales, sanitarios y dinámicos. La O. C. E. A. R. es una obra que practica la solidaridad.

La O. C. E. A. R. está en todas partes donde hay un refugio y lo atiende como un ciudadano consciente, como un antifascista cien por cien. Como es su deber y su obligación.

El Gobierno de la República tiene toda la confianza de esa Oficina y para él, el problema de los refugiados es sencillamente un problema resuelto, porque está la O. C. E. A. R.

Y la O. C. E. A. R. es la Solidaridad practicada en su más alto concepto y con su más alto significado.

Hay refugiados que honran

Este es el caso de unos compañeros refugiados del Norte que no quieren que se publique su nombre, que han preferido empuñar las armas en el frente que no cooperar en el taller, a pesar de que las máquinas necesiten de sus brazos.

Ya lo hemos dicho, el refugiado es un antifascista cien por cien.

Y si no... a los hechos.



Ayuntamiento de Madrid

Los Refugiados en todas partes

Desearía de buena gana que la ciudadana inglesa tuviera ocasión de volvernos a visitar y observaría gustosamente con su admiración, al vernos aún más perfeccionados. Gozaría en llevarla a la Maternidad de Fuente Podrida, admiración de propios y extraños, algo que quedará definitivamente, demostrándole la gran capacidad constructiva del pueblo español, unida a una fina sensibilidad que nos hace envidiable por todos los conceptos.

Quién no se siente admirado ante la delicadeza que supone esa obra meritisima que aleja a las futuras madres de las inquietudes del frente.

Ese acto solo, sirve para clasificar a todo un pueblo.

Y es que en nuestro temperamento hay siempre algo tan elevado, que todos aquellos pequeños defectos que se nos achacan pierden toda importancia al lado de la grandeza de miras que nos guía.

La O. C. E. A. R. es una prueba palpable de nuestra potencialidad creadora y constructiva, en todos los órdenes, en todos los detalles, en todos los aspectos y terrenos.

Con poco dinero, aproximadamente siete millones, en diez meses, con una cantidad insignificante, se ha logrado toda una red de servicios que realizan una gran labor. Conviene enumerarlos para que se sepa claramente lo que es la O. C. E. A. R. En concreto, actualmente, realiza toda la labor de evacuación, tanto en España como en el extranjero, y refugiamiento necesario para evacuados. Distribuye, les atiende sanitariamente, les viste; sus distribuciones de ropa son elocuentísimas; reúne, valiéndose de su enorme fichero, a las familias que se separaron en la confusión de la evacuación.

Atiende a los refugiados de todas las maneras que imaginarse pueda.

Además, ha organizado las expediciones de niños a Rusia, Francia y México.

Pero eso es poco aún; la O. C. E. A. R.

le cabe el honor de haber hecho una legislación para los refugiados. Y la ha hecho y la hace cumplir con poco aparato. Por mediación de los Jefes de Etapas y de los Comités Locales de Refugiados.

Esta labor política, esa labor delicada, la O. C. E. A. R. la realiza sin ningún contratiempo. Ni un solo acto de protesta co-



lectiva, ni una sencilla alteración de orden público se le ha presentado a la O. C. E. A. R.

Labor doble, labor directiva, labor rectora, función política, desarrollada admirablemente por aquellos que han regido desde las altas esferas los destinos de la O. C. E. A. R.

Labor doble, funciones de efectividad manifiesta, de difícil ejecución y de fuerte valor antifascista.

La O. C. E. A. R. ha hecho, con su trabajo, un gran beneficio a la causa del pueblo antifascista.

Gracias a sus servicios, gracias a su trato, el difícil problema de los refugiados no ha producido en el territorio de la España antifascista ni un

problema de dudas ciudadanas, ni un conflicto de orden público, ni una epidemia, y no ha sido, en ningún momento, una actividad dedicada a lograr prosélitos y hacer la labor política.

La O. C. E. A. R. reúne en sí misma una perfección antifascista, en todos sus aspectos políticos, funcionales, sanitarios y dinámicos. La O. C. E. A. R. es una obra que practica la solidaridad.

La O. C. E. A. R. está en todas partes donde hay un refugio y lo atiende como un ciudadano consciente, como un antifascista cien por cien. Como es su deber y su obligación.

El Gobierno de la República tiene toda la confianza de esa Oficina y para él, el problema de los refugiados es sencillamente un problema resuelto, porque está la O. C. E. A. R.

Y la O. C. E. A. R. es la Solidaridad practicada en su más alto concepto y con su más alto significado.

Hay refugiados que honran

Este es el caso de unos compañeros refugiados del Norte que no quieren que se publique su nombre, que han preferido empuñar las armas en el frente que no cooperar en el taller, a pesar de que las máquinas necesiten de sus brazos.

Ya lo hemos dicho, el refugiado es un antifascista cien por cien.

Y si no... a los hechos.



La Conferencia de Coordinación de Ayuda a la España Republicana

En los días 20 y 21 del pasado mes de Noviembre, se celebró en París la Conferencia de Coordinación para la Ayuda a la España Republicana.

Invitados por los componentes de la misma, este Ministerio de Trabajo y Asistencia Social ha acudido a ella con unos amplios estudios e informes de la labor tenaz que ha realizado y realiza la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados.

El delegado de este Ministerio, que reside y actúa en París desde los primeros momentos que se efectuaron evacuaciones de niños a la vecina República Francesa, el diputado Amós Sabrás, representó y expuso las gestiones de este departamento.

Causó gran impresión el trabajo realizado, en especial aquel que se refiere a las Maternidades de Vélez Rubio y de Fuente Podrida, donde quedó en alta estima la fina sensibilidad que ha tenido el Gobierno de la República al tratar tan delicadamente el problema de la Maternidad en los actuales momentos.

Igualmente planteó el señor Sabrás un proyecto del ministro Aguadé, que fué acogido con entusiasmo verdaderamente excepcional y será llevado a la práctica rápidamente, consistente en que los niños evacuados de España que hayan cumplido catorce años, sean especializados en diferentes materias, según sus aptitudes y aficiones, sufriendo un aprendizaje en mecánica, arquitectura, ingeniería, etc., etc., que les hará que al regresar a su patria, vuelvan en las mejores condiciones para ser útiles a la misma, por su capacitación que les asegure, al mismo tiempo, un porvenir digno.

Esta obra del señor Aguadé, que tantos aplausos mereció, asegura a todos los niños españoles que tuvieron que alejarse de su hogar, una mañana de independencia y prosperidad.

Para tal fin se ha constituido una Comisión especial, integrada por Buysson; secretario de C. G. T., Rigal, y el delegado de este ministerio en París, Amós Sabrás, los cuales estudiarán la forma más rápida y eficaz de poner en vigor esta gran obra social.

No cabe decir que ambas sugerencias y demostraciones fueron aceptadas y tenidas en cuenta por los diversos representantes de los países que prestan ayuda a la España Republicana, y que se traducirá prontamente en un reconocimiento de los grandes trabajos y esfuerzos que, en beneficio de los refugiados, ha realizado la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados, y, por consecuencia, el Ministerio del Trabajo y Asistencia Social.

Me preguntan cómo he evacuado de Gijón. Pues de una manera muy trágica y penosa al mismo tiempo. Nos dieron la noticia un martes por la noche, de que al día siguiente, por la tarde, teníamos que estar en el Musel, puerto de Gijón, donde yo residía, y que tanto amaba; cuando llegamos quedé asombrada al verlo tan lleno de coches y equipajes y por todos los lados compañeros despidiéndose de sus seres más queridos, que, con valentía y para mejor hacer frente al enemigo, en aquel pedazo de tierra y con el poco material bélico con que disponían, tenían el optimismo de vengarse y demostrar, como siempre, su espíritu revolucionario.

Yo me despedí de mi padre y hermanos con una grandísima pena y pensando cuánto tardaría en volver a

La evacuación de Madrid

Leemos es el periódico «Claridad», de Madrid, unos párrafos sobre evacuación, que nos parecen acertadísimos y que reproducimos por creerlo de interés:

La necesidad de que la población civil no combatiente evacue de Madrid se siente hoy con más urgencia que hace un año. Cuando el enemigo, después de la caída del Norte, concentra sus fuerzas para lanzarlas a un brutal ataque, cuando son más necesarios que nunca los transportes para abastecer debidamente los frentes, cuando la quinta columna sigue trabajando en nuestra retaguardia, precisamente aprovechándose de las personas que no prestan un servicio directo para la guerra, en Madrid únicamente deben quedar los camaradas que prestan un servicio que directamente afecta a la guerra, alejándose de la capital de la República el resto. El vecindario madrileño, que tantas y tantas pruebas de abnegación viene dando en el curso de la guerra, es necesario que comprenda esta realidad. Por otra parte, el enemigo, en nuestra retaguardia, hace una resistencia pasiva a las órdenes del Gobierno para evacuar Madrid, porque saben que así dificultan el abastecimiento de la capital, y con ello pretenden elevar el descontento entre la población no combatiente.

Tenemos el caso claro de la orden dada por el Gobierno para que se ausenten de Madrid todas aquellas personas que perciben pensiones del Estado. A pesar de ser una orden terminante, la realidad es que en Madrid continúan infinidad de personas comprendidas en la citada orden. ¿Es que el Gobierno puede tolerar que se juegue así con los intereses del pueblo? Evidentemente que no, y los antifascistas deben darse cuenta de que la orden de evacuación de Madrid no es un mero capricho, sino una necesidad viva, palpable, que se siente, y que, por tanto, es necesario llevarla a cabo con la mayor rapidez posible, sea como sea.

las madres españolas que hoy se ven separadas de sus pequeños: ¡Confíaste en días aciagos tus hijos a la República; hoy, en horas felices, ésta te los devuelve; has sufrido la dura prueba de la guerra, quiérellos mucho y educa los para que sean el día de mañana dignos ciudadanos y militantes decididos en el gran ejército de la Paz!

GENARO MUÑOZ

De la evacuación de Asturias

Mi mayor preocupación ha sido, durante los meses que me he dedicado a cooperar con mi humilde esfuerzo en la humanitaria obra de la evacuación de niños españoles, la de procurar, por todos los medios, que el día en que la Paz traiga su ramo de olivo a los hombres que estamos en guerra, cada madre evacuada pueda estrechar entre sus brazos a los hijos de su alma; de todas mis angustias, es, sin duda, la más grande, aquella que se refiere directamente a los niños, que, una vez terminada la guerra, se hayan perdido y no encuentren a sus padres. Son tantos éstos, que sólo al pensarlo, el ánimo flaquea y los ojos se ciegan, velados por la neblina del dolor. En las horas amargas que pasé en Francia presencié el desfile de los camaradas

salidos de Asturias y el desembarco de cerca 200 criaturas... Los que, por fortuna, aún tenemos corazón, creímos siempre que el dolor más grande de una madre sería, sin duda, el que siente al ver morir un hijo querido. Pero, ¿hay tortura mayor para una madre que la de estar segura de que sus hijos viven en algún sitio del mundo, pero que ella jamás ha de volverlos a ver? Estas compañeras han procurado salvar la vida de sus pequeños metiéndoles en un barco, sin documentos ni retratos que puedan identificarlos el día de mañana. Sí, esas pobres compañeras de vida y sufrimientos, víctimas de la miseria e injusticia social, en las horas angustiosas en que el cuerpo fatigado se tiende a descansar en el refugio, cuando el insomnio no deja cerrar los párpados de los desgraciados que tienen penas muy hondas en que pensar y angustias y tragedias, se debaten en la mente de sus recuerdos; verán en la obscuridad, en la noche inmensa de su infortunio, como unas lágrimas (puras lágrimas de madre), amargas como la hiel, dibujan sobre sus rostros de «mater dolorosa» los signos imprecisos de una nueva taquigrafía, que, cual si fuera dictada por el alma, hace a lo infinito esta anhelante pregunta: ¿Dónde estarán mis hijos...?

Qué alegría si, cuando el fin de la guerra llegue, y con él nuestro triunfo legítimo e indiscutible, podemos decir a todas (absolutamente a TODAS)

pe de un hermano, que, después de pasar bastantes penalidades, se pudo escapar de las garras fascistas, que tantos daños y crímenes estarán sufriendo los asturianos que han tenido la mala suerte de quedarse con ellos.

GENARO MUÑOZ

Como he evacuado de Gijón

ver aquellos seres tan queridos para mí.

Embarcamos a las 12, y hasta las 5 de la mañana no zarpó el barco, que iba de bote en bote, y no pudiendo contenerlo, empecé a llorar de pena y coraje. Al mismo tiempo, por no poder quedarme a compartir los momentos difíciles que les faltaba pasar, aunque no entrasen, porque yo también tenía el optimismo de que no pasarían, porque creía que iban a tener más ayuda que la que tuvieron.

Llegamos al puerto de Burdeos, donde nos acogieron y atendieron muy bien; pero yo no puedo contar más de allí, porque estuvimos solamente unos instantes; en seguida to-

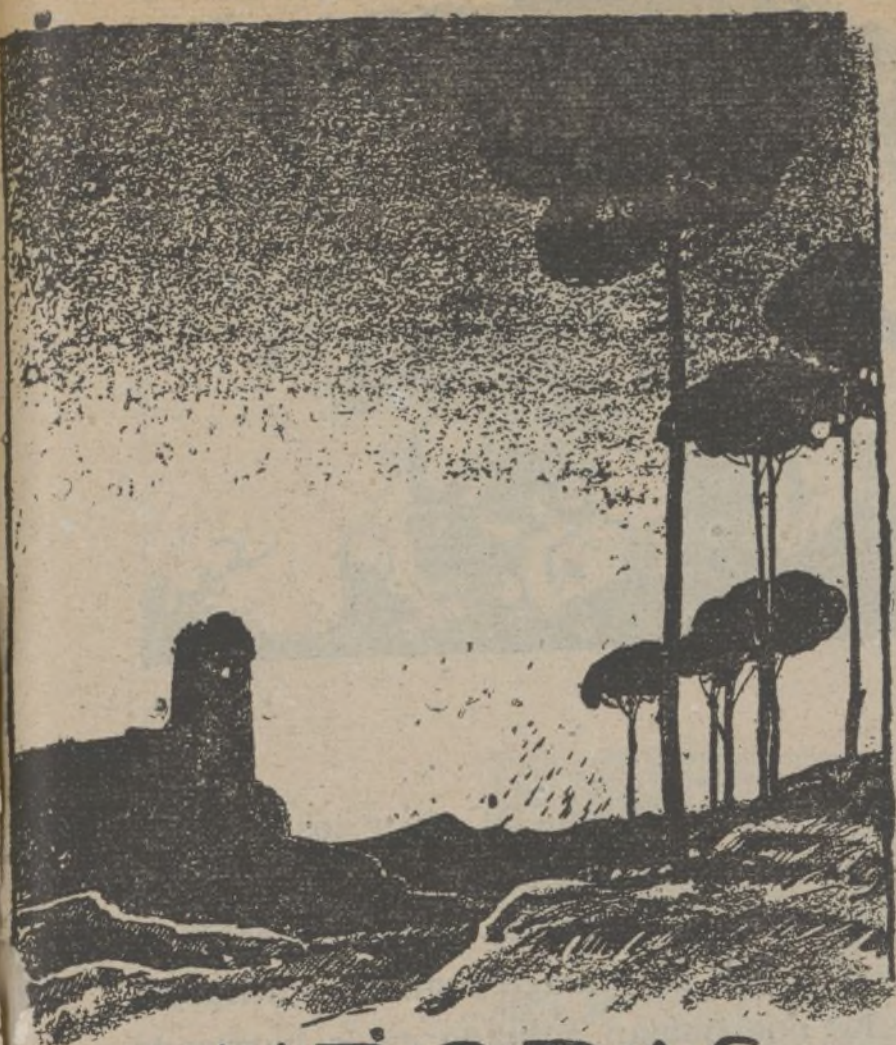
mamos el tren y nos fuimos con rumbo a España.

Después de unos días de encontrarnos aquí, tuvimos la noticia de que hubieran entrado en Gijón las tropas facciosas, retirándose la mayoría de nuestros milicianos para Avilés y otros para la cuenca minera, a seguir combatiendo y a jugarse el todo por el todo, o sea la vida o la muerte, que en los momentos que estaban más era la muerte que nada. Después, al poco tiempo, supimos que estaban llegando asturianos al puerto de Francia (Burdeos); pocos eran, porque también eran pocos los barcos que se encontraban en los puertos de Asturias. Yo nada más que su-

pe de un hermano, que, después de pasar bastantes penalidades, se pudo escapar de las garras fascistas, que tantos daños y crímenes estarán sufriendo los asturianos que han tenido la mala suerte de quedarse con ellos.

De mi padre y otro hermano, no se nada. Han sido muchos los milicianos que hemos perdido y que hombres como aquellos no se encuentran fácilmente.

Nosotros decimos, aunque ha muerto Asturias, aunque ha caído, no ha muerto el espíritu ciudadano que sentimos y que nunca morirá, porque cada día se alimenta más. Asturias ha escrito su página en la historia, como siempre, y que es la más interesante.



AURORAS ANGELA GRAUPERA

(Continuación.)

—Trabaja, que hay labor para todos.

—Siempre la misma impertinente contestación. Trabaja. ¿Heme yo casado con un campesino? ¿Puede un cuerpo someterse a las durezas de esta existencia?

—¿Durezas? Qué injusta eres, Luisa. Y cuantos fugitivos y expatriados envidiarían nuestra situación a conocerla.

Me has hecho abandonar lugares que, a permanecer, hubieran también solucionado nuestro problema económico. Ten la paciencia de la espera, Luisa. Contempla con ojos confiados el nacimiento de las rosadas auroras en la seguridad que una de ellas iluminará el día bendito de la Paz y yo volveré a ser el hombre dichoso, mirándote feliz.

Volvió la joven bruscamente la espalda, y, sin agradecer ni aceptar los saludables consejos, subía a su habitación pensando, encerrada en ella largas horas, entregada a la amargura de unos recuerdos que servían para maldecir el encuentro de la parda casuca, que en momentos difíciles y angustiosos se le apareció como rojo y esplendoroso faro de salvación.

Margarita se desconocía. Surgía en ella otra mujer infinitamente superior, que sabía desafiar las adversidades del destino y escrutar sin miedo el porvenir.

El trabajo, ejecutado con alegría, absorbía su tiempo y éste se corría fugaz, dejando en su joven alma perfumes que, acariciándola, la llenaban de dulce bienestar.

Quizás en esta adaptación había el brujo sortilegio de unos ojos acariciadores y apasionados que constantemente la ungían de admiración.

Ojos magistralmente elocuentes, en cuyo abismo, ella gustaba de hundirse y perderse hasta encontrar el espíritu y el consentimiento que, iluminándolos, la deslumbraban y estremecían. No eran tan elocuentes como los ojos las frases de Daniel, que balbuceaba a lo mejor y más interesante de una conversación, enrojecía, temblaba y se replegaba como súbitamente acometido de infantil temor. Una tarde que, regresando más pronto del trigal, sorprendió a la joven atareada en la limpieza de la cocina, deploró:

—¡Cuánto deben repugnarte esos groseros trabajos, a los cuales no estabas acostumbrada!

Soltó Margarita una risa que llenó de campanillas de plata la humilde estancia, dejando cuidadosamente sobre la mesa un montón de platos, contestó:

—¿Crées tú que soy una princesa en destierro?

—Princesa, no; pero sí ocupando una muy buena situación. Tu hermana...

—¿Oh, mi hermana! Es una remilgada y descontenta. No comprende la felicidad sin cines, teatros, peluqueros y todas las distracciones de las grandes ciudades. Las dos asumíamos todas las labores domésticas, exceptuando el lavado—confesó Margarita con risueña sinceridad.

—Entonces, ¿no han quedado allá tus riquezas?—insistió, dudando de la verdad.

—Allá ha quedado el hogar, el empleo de Jaime, lo bastante remunerado para vivir con decoroso desahogo. De nuestros padres heredamos una modesta finca, cuya renta servía para vestirme un poco y economizar. Luisa se lo gastaba todo en frivolidades de tocador.

Y ya tienes tu princesa convertida en fregona—terminó con otra y más cascabelera risa.

Sonrió también Daniel las palabras sinceras y leales de la joven y desde aquella tarde en su rostro irradió una luz tan intensa, jubilosa y viva que llenó a su padre de inquietud.

—Hijo mío, eres ya un hombre por los años, pero ingenuo y confiado como un niño. Careces de experiencia y estás acariciando un sueño que, seguramente, no podrás convertirlo en realidad—aconsejó, sin severidad, en la cansada voz.

Y como Daniel no contestara, añadió:

—El amor te acecha. Espera instalarse en tu corazón, quizás para dominarlo y hacerlo sentir el agudo dolor de los celos y de la decepción. Ignoras todo de esa joven.

—¿Acaso el amor indaga, investiga y pregunta? No, padre mío. Tengo a Margarita por buena. Me deslumbran en su mirada el sol de la lealtad. Es enérgica y laboriosa. Tiene la disciplina de la voluntad—contestó en la voz todo el entusiasmo y todo el fervor de la naciente ternura.

—Cierto, y soy el primero en admirar sus buenas cualidades. ¿Y si no le interesases? ¿Si hubiese contraído compromisos amorosos con otro hombre?

—Entonces, padre, el recuerdo dulce de Margarita sería como un perfume que acarició mis primeras ilusiones de amante y mis deseos de hombre. No se puede exigir lo imposible ni borrar lo que está escrito en el libro del pasado, y mucho menos violentar un sentimiento profundamente arraigado: Es tu filosofía, padre, y has sido mi maestro y mi educador.

—Estoy orgulloso de ti, Daniel. Dichosa la mujer que sepa comprender y compartir esos sentimientos tuyos, siempre vibrantes y puestos a manifestarse—ensalzó con visible enternecimiento.

Cuando Daniel iba al mercado, si al partir unos bellos ojos de mujer le seguían hasta perderse en frondosas y verdes lejanías, a su retorno, otra mujer le aguardaba de pie en el umbral de la puerta.

Y así entraba en el comedor, le arrebatada, con manos impacientes, los periódicos traídos del pueblo y que, una vez leídos, tiraba con brusco desaliento.

No sucedió así un atardecer. Después de recorrer algunas de sus páginas, Luisa lanzó delirante grito de alegría.

Todos se sobresaltaron y a Margarita se le escapó de las manos una taza que estaba limpiando y se rompió sonoramente en el suelo.

—¿Qué te pasa?—inquirió Jaime, acercándose y tomando el periódico que ella le alargaba.



—Se anuncia el fin de las hostilidades, habló con temblores en la atiplada voz.

—Gran verdad, si no mienten los periódicos—confirmó el marido, lanzando hondo suspiro de satisfacción.

—Dichosa la Humanidad, que desconocerá los horrores de la guerra—añadió el anciano, elevando la diestra en gesto solemne.

Su hijo miró tristemente a Margarita y ésta inclinó la melancólica cabeza.

La desbordante alegría de Luisa, que veía en perspectiva su retorno a la ciudad, no encontró ecos jubilosos en el corazón ya cautivo de su hermana.

No era que la joven lamentara la paz y la vuelta a la normalidad; era que desconocía aún la fuerza de su amoroso sentimiento y si aceptaría el renunciamento de cuanto había dejado en la ciudad.

La seguridad que de pronto dejaría aquellas soledades, humanizaron un poco a Luisa.

Ayudó a su hermana, dejó de regañar y disputar con su marido y hasta tuvo sonrisas y amables palabras para los dos rudos campesinos.

De breve duración fué su alborozo y la esperanza, rotas sus alas, dejó que se arrastraran en el lodo de la decepción.

Los enemigos se disponían a destrozar de nuevo, con mayor insano furor, como si en la inmensidad no cupiesen todos los pensamientos y todos los ideales, por audaces y atrevidos que éstos fuesen.

Y no sentía Luisa la sangre derramada, no deploraba las víctimas caídas en torno de los combatientes, no sufría todo el intenso dolor de la tragedia; sentía únicamente su propia desventura, sufría porque se había roto el ritmo cadencioso de su vida y tardaba en sonar la hora de volver a conocer los placeres de que tanto había disfrutado.

Acariciando con culpable tenacidad un muy temerario proyecto, dejó amabilidades y sonrisas, amargando los días del bueno de su marido, que iba interesándose por las faenas agrícolas, admirando la resistencia física de aquellos hombres que trabajaban de sol a sol, sin aparente fatiga.

Había tardes en que Margarita se reunía con ellos, les prestaba un poco de ayuda y luego se internaba en el frutal donde Daniel se le reunía.

(Continuará)





TODOS los ciudadanos, toda la ciudad, toda Almería cooperó para atender a los ciudadanos de Málaga.

Sus casas, sus camas, su comida, sus hogares, sus instituciones, sus organizaciones, sus calles, estuvieron durante un mes a disposición de los malagueños.

Comprendió aquel gran pueblo almeriense toda la profundidad de la tragedia y se elevó a la altura inmensa de la generosidad desinteresada.

Su inegoísmo, fué un alcaide para reanimar a los evacuados. Su gesto fué una lección para aquellos que desde el exterior presentan a la España antifascista sin sentimientos humanos y sin escrúpulos. Quien hubiera visto Almería, quien hubiera estado en aquellos días comprendido entre la masa de refugiados, se hubiese sentido arrastrado por una pujante fuerza fraternal. Es que el gesto de Almería arrastraba una corriente de amor que nadie, nadie, hubiese podido hacer abstracción.

En aquel gran momento estelar de la población almeriense, había un profundo fondo de sentimiento de libertad, de

sentimiento de justicia social. Es que al abrir los brazos a Málaga, Almería abrió los brazos y su corazón a aquellos que representaban en Málaga lo más florido, lo más escogido de una población. Los evacuados de Málaga eran los antifascistas acérrimos, eran los que habían actuado en la barricada, en los talleres, en las organizaciones; eran aquellos que tenían un tributo de sangre prestado a la lucha antifascista, eran aquellos que habían perdido sus familiares en las trincheras, eran aquellos que la libertad les es consubstancial.

Almería, abriendo los brazos a estos ciudadanos, los abrió a nuestras caras ideas. Del abrazo de Málaga y Almería nació una reacción popular que revivió en los almerienses y malagueños, esperanzas agradables, esperanzas fructíferas, esperanzas traducidas en realidades.

Almería empezó a descongestionarse rápidamente. Su provincia empezó a absorber mujeres, niños y ancianos. Cataluña y Levante incorporaron a su ciudadanía gente de Málaga.

Y los hombres nutrieron fuertemente los frentes de lucha. El abrazo de los almerienses arrastró, voluntariamente, a los malagueños no movilizados, a la lucha.

Partieron sin lágrimas, conscientemente de su deber, y Almería, que abrió los brazos a Málaga, sonreía satisfecha al ver que su nobleza había servido para reponer materialmente y elevar moralmente a la ciudadanía libre de Málaga, que partía hacia los frentes de la libertad para luchar contra aquellas hordas que emporcaron su terruño.

¡Almería! Ciudadanos almerienses, el pueblo antifascista español valoriza tu comportamiento y se siente honrado de tenerte entre la gran familia antifascista.

Un pueblo como el tuyo, que lo dió todo, todo, pero todo, cuando Almería abrió los brazos a Málaga, es digno y tiene la admiración de todo el conglomerado antifascista.

PLAN DE REALIZACIONES DEL MINISTRO DEL TRABAJO Y ASISTENCIA SOCIAL

El Doctor Ayguadé ha hecho interesantes manifestaciones

HA DICHO

...Uno de los problemas pendientes es el de la asistencia social, que es preciso prestar a los huérfanos a consecuencia de esta guerra, asistencia que se prestará en la forma que se llama «abierta», a igual que viene haciéndose en todos los países democráticos europeos. Se pasará del régimen de los orfanatos al sistema «familiar», que ofrece resultados más positivos a los niños y es, además, más económico para el Estado. Los huérfanos recogidos o atendidos por familias obreras y también por las de más posibilidades que éstas, serán inspeccionados por el Estado, el cual pagará la correspondiente pensión por ellos. Este sistema, que ya se aplica con los refugiados de guerra y en familias nacionales y extranjeras, está dando excelentes resultados.

Otro problema—agregó—que merece en la actualidad toda la atención del Gobierno es el relativo a los mutilados de guerra y se estudia la manera de que la solución sea lo menos gravosa para el Estado, a base de procurar que los mutilados o inválidos den un rendimiento, adaptado cada uno a sus posibilidades.

Contestando después a preguntas que le fueron dirigidas, el ministro dijo que la cifra total de las personas que han tenido que abandonar sus respectivas residencias habituales, o sea los refugiados, asciende a unos tres millones, aproximadamente, y que a pesar de este gran número han podido ser acomodados en distintos lugares, gracias a la perfecta organización que a estos servicios ha dado el Gobierno. A los obreros aptos se les facilita ocupación inmediata y gracias a ello los dispendios por esta causa son, desde luego, menores.

OCEAR



cabedo

Las leyes de los refugiados son consecuencia de la hospitalidad y agradecimiento tradicional de nuestro pueblo.

De nuestro pueblo, lleno de nobles sentimientos fraternales y solidarios, de este pueblo antifascista que está dando un ejemplo de alto valor de ciudadanía y que en estas horas de prueba se siente hermanado en lo más íntimo de nuestro sentimiento por un entusiasmo grande que nos conducirá al triunfo y a la victoria final.



Os esperamos hermanos del Norte

Con los brazos abiertos, con la cara iluminada de serenidad, con el corazón palpitante y en el dintel de la puerta de nuestro hogar, te esperamos, hermano del Norte.

¡Ven!, que con nosotros encontrarás a tu semejante en ideas, en sentimientos, en finalidades. Separados por la barrera fascista, hemos latido, en tierras distintas, al mismo unísono, hemos actuado de la misma manera, hemos sufrido igualmente.

La pérdida de tu suelo querido, arrebatado por gente mercenaria, es un torrente de dolor abierto en nuestro yo.

Sin tu gesto heroico en la lucha, sin tu actitud digna al no querer convivir con ellos, la pérdida de parte de nuestro territorio del Norte nos hubiese hundido en la desesperación.

Pero al saber tu digna epopeya, ¡evacuado del Norte!, aquello que, ocurrido en otras circunstancias nos hubiese anulado, ahora nos da valor.

Tu gesto heroico inflama de valentía todo nuestro ser. Vibran las cuerdas sublimes del heroísmo y levantan nuestro espíritu hacia senderos deseados.

¡Bienvenido seas, refugiado del Norte!

La pérdida pasajera de tu tierra ha servido para levantar el entusiasmo—si cabe—de nuestra retaguardia.

Tu presencia entre nosotros será un abrazo amoroso entre el Cantábrico y el Mediterráneo, ese mar nuestro tan dulce y acogedor. Será un nuevo motivo para hermanarnos, para mezclarnos, para comprendernos.

Nuestros hogares, nuestras despensas están abiertas para ti, luchador del Norte, mujer de la montaña, niños del Cantábrico. Os esperamos con los brazos abiertos!

Con vosotros compartiremos nuestra estrechez, nuestra abundancia, nuestra grandeza, nuestra dignidad heroica, nuestras inquietudes, nuestras victorias, nuestras derrotas.

Contigo, siempre contigo—como hermano que eres—, ciudadano libre del Norte.

ESTAMPAS

El pueblo francés...

Las gestiones realizadas por la secretaria general de esta Oficina en Francia, referente a la evacuación del personal del Norte, han tenido un éxito lisonjero.

Las autoridades populares de la vecina República han tenido un especial interés en facilitar y prestar apoyo y ayuda a nuestros hermanos del Norte. Pese a las dificultades de los primeros momentos, los organismos oficiales y los Comités de Ayuda de toda Francia han realizado esfuerzos encaminados a mejorar la situación crítica de aquellos ciudadanos que se han visto forzados a evacuar su país por no ser víctimas de la garra fascista.

Por el esfuerzo realizado por el Comité d'Accueil y por la labor titánica de la Delegación de este Ministerio en París, presidida por el diputado de la República Amós Sabrás, se ha logrado una colaboración entusiasta de las familias obreras y liberales, que se disputan el honor de atender a mujeres, ancianos y niños, etc...

En todos los lugares de concentración y en las Colonias de Etapa y especialmente en el Refugio de Val d'Or, se puede observar el gran espíritu solidario del pueblo francés, que se disputa hospedar en sus casas niños y mujeres españoles, y que pueden realizarlo sin trabas de ningún género. A la vez, también se ha podido observar lo bien que son atendidos en régimen familiar y comprobar la solicitud con que son tratados.

La Embajada de España también colabora tenazmente en esta labor, atendiendo solícitamente a cuantas gestiones se realizan.

La pequeña atmósfera producida en los primeros momentos de la evacuación, ha quedado totalmente desvanecida por las atenciones sin fin que la Francia democrática presta a nuestros evacuados del Norte.

DEL NORTE

Madrid el único

Una pequeña estadística, que no merece casi ningún comentario, por lo elocuente de las cifras. Toda la literatura que se pueda escribir es pálida al lado de esas cifras.

De esas cifras que cada unidad es una tragedia de dolor y de sufrimiento. Que son trozos de vida de nuestro pueblo heroico. De este pueblo que conquista con su sangre, con su vida, una alta posición de libertad.

Madrid, nuestro Madrid, el Madrid de toda España, es el ejemplo más vivo de la espiritualidad de nuestro suelo.

Todo lo que se busque en adjetivos es pálido ante la realidad. Sobran los adjetivos honrosos para ensalzar Madrid.

MADRID es ¡único!

y diciendo Madrid se dice todo lo que «es» ese pueblo Unico, Unico, Unico.

28 agosto.	1 muerto. 4 heridos.	6 enero.	4 muertos. 17 heridos.
30 septiembre. . .	160 muertos. 279 heridos.	10 "	5 muertos. 37 heridos.
6 noviembre. . . .	1 muerto. 21 heridos.	18 febrero.	22 muertos. 78 heridos.
14 "	62 muertos. 102 heridos.	2 marzo.	21 muertos. 61 heridos.
17 "	11 muertos. 194 heridos.	5 abril.	95 muertos. 695 heridos.
18 "	150 muertos.	23 "	20 muertos. 53 heridos.
2 diciembre. . . .	14 muertos. 53 heridos.	30 mayo.	33 muertos. 220 heridos.
4 "	14 muertos. 53 heridos.	junio.	25 muertos. 70 heridos.
16 "	52 muertos. 300 heridos.	julio.	39 muertos. 144 heridos.
4 enero.	8 muertos. 171 heridos.	6 agosto.	1 muerto. 22 heridos.

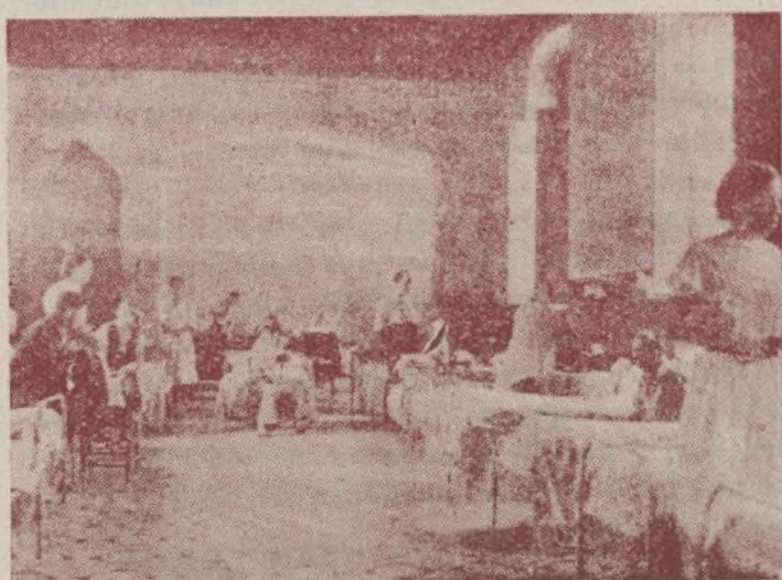


El Hospital de Refugiados de Valencia

Las necesidades apremiantes de aquellos primeros meses febriles de lucha, con todo el dramatismo de las primeras poblaciones evacuadas, hicieron concebir, a los entonces cuidadores de los refugiados, la necesidad apremiante de la habilitación de un Hospital, dedicado exclusivamente para evacuados.

Fué, pues, a últimos de noviembre cuando se inició la creación de un Establecimiento hospitalario que satisficiera las necesidades de los evacuados.

Contribuyeron, pues, a esa tarea difícil y en una actividad dinámica cien por cien, el Comité Sanitario de Valencia, el Comité Nacional de Refugiados y el Ministerio de Sanidad. La en-



tonces subsecretaria de Sanidad, Mercedes Maestre, ciudó de la puesta en marcha, auxiliada por todos los componentes de los mencionados organismos. Tarea difícil, pero grata, ya que venía a solucionar un problema de envergadura que era la preocupación constante de las autoridades sanitarias de Valencia.

A principios de enero, funcionaba ya el Hospital de Refugiados con una intensidad viril y dinámica que prometía una vida fecunda...

Inició su labor con personal técnico competente y una instalación todo lo perfecta posible, que ha merecido los elogios de todos los visitantes, tanto nacionales como extranjeros, que han desfilarado por dicho Centro. En fin, una cosa acabada, digna de sus progenitores.

En febrero, con el éxodo de Málaga, se puso en actividad todos los recursos de la naciente Institución y de relieve su meritisima labor.

Consta este Hospital de dieciseis salas, algunas enormemente espaciosas, todas muy ventiladas, limpias y gratamente instaladas, cuartos de baño y duchas; salas de aislamiento; moderna cocina y comedores para enfermos y personal de servicio; amplias y soleadas galerías, etc.

En el centro del edificio y rodeando al mismo, lucen dos magníficos jardines, que ponen una nota de alegría en esta mansión de todos los dolores.

Los servicios de medicina interna, de este centro hospitalario, se distribuyen por grupos especializados: Enfermedades del aparato circulatorio-respiratorio, digestivo, nervioso, de la nutrición de la sangre, de la piel y venéreas.

Al frente de cada sala se halla un médico-jefe de la misma, auxiliado por un alumno interno, practicante, enfermeras, etc.

Hasta la fecha han sido hospitalizados 2.052, quedando actualmente, en las distintas salas, 275.

Vistas las necesidades, cada día más apremiantes de los refugiados residentes en Valencia, se pensó en dotarles de una policlínica, ya que, como es de suponer, la mayoría de ellos carecían de las más elementales atenciones sanitarias y farmacéuticas. A tal fin, se creó un servicio de Policlínica y Farmacia, que funciona anejo al Hospital y con las siguientes consultas: Ginecología y Obstetricia, Otorrino-laringología, Puericultura, Oftalmología, Medicina general, Dermatología, Servicio a los Refugios y domiciliario, Odontología, Servicio de vacunaciones.

Se han ido instalando paulatinamente dichas consultas, recibiendo en ellas consejo y tratamiento un millar de enfermos y habiéndose practicado ochocientas cuarenta y siete vacunaciones.

Para las atenciones, tanto de los hospitalizados como de enfermos que acuden a la Policlínica, dispónese de un departamento de Farmacia y Laboratorio, así como de una modesta instalación de Rayos X de insuperable rendimiento.

Los servicios de Farmacia no cumplen sólo las necesidades señaladas, sino que suministran, además, cuantos medicamentos son prescritos a los refugiados, no hospitalizados, por los médicos de sus respectivas residencias.

Tal es, sintéticamente esbozada, la labor de esta Institución de la O. C. E. A. R. como exponente de sus preocupaciones y actividades sanitarias al servi-



cio de los refugiados de guerra.

En cuanto al trato recibido por éstos, en el Hospital, pese a las dificultades dimanantes de la lucha que ensangrienta a España, es elocuente el dato de la resistencia que oponen a marcharse cuando son dados de alta por curación o por ser necesario su traslado a otro establecimiento.

Ministerio de Trabajo y Asistencia Social

Dirección General de Asistencia Social
Oficina Central de Evacuación
-- y Asistencia a Refugiados --

AÑO 1 NUM. 3
VALENCIA 15 DE SEPTIEMBRE DE 1937

Periódico quincenal que se reparte gratis a los refugiados

TARJETAS POSTALES GRATIS PARA NIÑOS

Las entrega la O. C. E. A. R. por mediación de los «Comités Locales de Refugiados» a todos aquellos niños que sus padres tengan fichas de refugiados y cumplan sus deberes.



Madre!
madre!
oh madre!



¡Madre! es el grito que sale espontáneo de sus labios cuando el dolor o el sufrimiento pesa sobre ellos; ¡madre! es también la depositaria de sus emociones, de sus anhelos, de sus alegrías, de sus sentimientos todos, y el cariño hacia sus protectores no hace disminuir ni olvidar el recuerdo ni el amor hacia sus ausentes.

El alma del niño, diáfana, transparente, sin doblez ninguna se asoma a sus labios cuando pronuncia la palabra más dulce a sus oídos: ¡madre!

BLANCA R. FONTECHA

QUERIDA MADRE:

Me alegraré que al recibir esta se encuentre bien, yo quedo bien. Estoy deseando recibir carta de usted, y de la Angeles y estoy muy contento cuando las recibo.

Madre aquí comemos muy bien y ay de todo en abundancia, tenemos un columpio, madre sabra que el Direktor de aquí tiene un huerto muy grande y nos da fruta, la ay de todas clases muy buenas manzanas y melocotones.

Madre el direktor nos lleva muchas veces a mi y a otros niños españoles a Mira-Niza, que es una capital muy bonita. mis hermanitos se encuentran muy contentos, y el Carlitos a engordado dos kilos, la Marija meda miles de besos para V. madre y para los tios ella ya está aprendiendo a escribir y pronto la pondra algo en las cartas, yo no me separo de ellos y estoy siempre al cuidado como usted me encargo, aunque no hace falta pues aquí nos cuidan mucho a todos, y el medico nos viene a ver todos los dias.

Querida madre sin mas que decirle reciba un millón de besos y abrazos de este su hijo que nunca la olvida.

ESTEVAN LOZANO

QUERIDOS MADRE Y PADRE:

Esta es para decirlos lo contento que estoy, Madre estoy muy bien no llores por mi ni te tomes malos ratos, y si te tuviera cerca lo estaria más aun. Madre todas las semanas la Maria y yo tenemos cartas de la señora Juana y de los primos, Madre comemos mucho y nos estamos poniendo gordos y fuertes, cuando vayamos a España no nos vais a conocer. Madre todos los dias vamos de paseo al Mar y al Bosque y jugamos mucho y sabemos ablar Frances y cantares en Frances.

Madre nos bañamos en el Mar con trajes de baño, Madre hay un chico de Madrid que su madre que esta allí quiere conocerte para ablar contigo, y vive en calle de Ayala 117 piso segundo.

Sin más por hoy se despide tu hijo que te quiere mucho y verte pronto desea.

LUIS

¡Decimos los mayores!

Ni la separación, ni la distancia, ni la vida en el nuevo hogar, en la familia que acoge solicita al niño que las crueldades de la guerra llevan lejos de los suyos, hace apartar de su imaginación la figura excelsa de la madre querida, que sufre lejos la falta del hijo, del que no vaciló en separarse, prescindiendo de egoísmos (reñidos siempre con el amor maternal, todo abnegación y sacrificio) para asegurar así las vidas preciosas de sus pequeñuelos.

Estos, por su parte, corresponden a este sacrificio que su madre hizo al desprenderse de ellos, y en cartas sencillas, sinceras, llenas de emoción, relatan a los padres lejanos su nueva vida, feliz, los solícitos cuidados, las atenciones de que son objeto, y en su escritura de niños, sin elegancia de estilo, pero llena de naturalidad y sentimiento la palabra «madre» da una clara idea de lo hondo y profundamente grabada que se conserva en sus corazones infantiles la figura de aquella que les dió la vida.





Desfile de Siluetas.

La voz firme de Ginés se escucha entre el nutrido grupo de evacuados que obstruye la antesala.

—Otro...

Y franquea la puerta del despacho un miliciano joven, alto y seco. Representa más años de los que tiene. Camina con el paso largo de los montañeses y lleva un brazo en cabestrillo, un brazo imposibilitado, inútil para el trabajo. De los dos, aquel que cuando hablamos es el trabajo y el más terrible en las horas de lucha; el derecho. Las duras emociones de la guerra más expresivo, el más laborioso en las horas de y el agotamiento de las interminables jornadas a pie, demacraron sus mejillas mal afeitadas, le hundieron los ojos y acentuaron la línea aguilena de la nariz y doblaron hacia adelante su corpachón robusto. Inútil preguntar de dónde es; bien a las claras se ve que nació en Aragón.



Este hombre ha peleado como voluntario desde que la lucha empezó. Contesta a nuestras preguntas amablemente pero con el acento peculiar de los «maños»; acento seco, adusto, como los paisajes de su tierra.

Inútil para la guerra, necesita pasar a ser refugiado.

—Por la causa —dice— ofrecí mi vida, se la ofrecí sin que «naide» me la pidiese, pero la muerte no me la quiso; y se contentó con inutilizarme este brazo y consumir mi cuerpo, y ahora ya no sirvo como no sea de estorbo.

—¿Tienes familia?—le preguntamos.

—Dos hijas pequeñas, una casi mocita, que viven —si es que viven— en Huesca, y de las que nada sé, desde que comenzó la guerra, y un hermano que lucha en el frente de Madrid.

A la guerra se fué voluntario —como yo— desde el primer momento. ¡Que la desgracia no ponga los ojos en él, es lo que hace falta!

Después de entregarle su ficha de refugiado, que recoge de nuestras manos con un ademán melancólico y lento, suspira.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué suspiras?—le preguntamos—. Vas a Alcoy, uno de los pueblos

más ricos de la provincia de Alicante. ¿No estás contento?

—Contento estaría—responde— si pudiese trabajar. Però... ¡tú lo ves, compañera!... ¿A dónde voy así?...

Como un grito desesperado más que triste, alude a su brazo quieto. Porque hablando de sementeras, de riegos y abonos que son cosas necesarias a mi oficio de labrador, podría decirte muchas cosas, pero... ¡qué he de hacer ya! Vuelve a mirar su pobre brazo y su cuerpo tiembla.



Comprendo su dolor y guardo silencio. El dolor de aquel hombre que descabuló la metralla traidora, es el del marinero que, por su avanzada edad ya no puede embarcarse; el del cantante que perdió la voz; el del bailarín clavado por el reuma en un sillón, y el sufrir infinito del paisajista que se quedó ciego.

—Tú no sabes, compañera, lo que es para un campesino como yo, hallarme delante de la tierra tan fecunda, tan bella, tan deseosa de cuidados y no poder sacar de ella todo el fruto que nos podría dar; porque mi cuerpo es inútil y me falta...

Por segunda vez alude a su brazo inmóvil.

Hay una pausa. De pronto su semblante, hasta entonces hosco, mil veces acuchillado por la intemperie, se ilumina y en su boca hay una

sonrisa llena de alegría. Sus ojos grises fulgen como rosicler de aurora, y exclama:

—Pero si el suelo que he defendido no es para mí, será para mi hijo... y si no para más



nietos, porque yo he dado mi sangre por la Libertad y la sangre —te lo dice un labrador— es la semilla que si no fructifica hoy, prenderá mañana.

MATILDE FERNANDEZ FUERTES

PRESIDENCIA

DECRET QUE ORGANITZA L'ASSISTENCIA INTEGRAL DELS REFUGIATS DE GUERRA. DIMARTS, 24 D'AGOST DEL 1937.

Cataluña ha hecho su legislación para los refugiados. Una legislación que es hermana de la que dió el Gobierno de la República. Basada en la solidaridad moral y material de nuestro pueblo antifascista.

Pequeños detalles que no es necesario montar, la diferencian en matices. Diríamos que las dos encuadran perfectamente en las idiosincrasias de las distintas regiones que tienen que ser aplicadas. Diferencia de matices que no alteran su fondo netamente fraternal, netamente antifascista.

Celebramos, pues, que Cataluña haya dado su ley a los refugiados que alberga y que esta ley sea hermana de la que rige para los refugiados acogidos en el resto del territorio de la España leal.

OCEAR abre una encuesta y pregunta a los refugiados ¿PORQUE NO TE QUEDASTE con los FASCISTAS?

Los refugiados, por medio de su representante en el Comité Local de Refugiados, están unidos a la vida ciudadana y política -dentro de sus condiciones especiales- como todos los antifascistas que residen en el territorio de la España leal.

Porque soy un obrero honrado, de profesión ferroviario, perteneciente a la U. G. T., y no podría, sin ser un traidor a la Causa de la libertad, permanecer entre ellos, entre los asesinos de mis hermanos de trabajo.

LUIS EGAÑA EGUIA

(Refugio núm. 1 de Valencia.)

CONTESTACION QUE DA CARMEN-CITA RODRIGO

Porque al quedarme con los fascistas desaparecía como persona libre, para unirme a un triste rebaño, de existencia sin norte.

Porque al quedarme con los fascistas era hacerme cómplice de sus crímenes.

No podía quedarme con los fascistas porque sentía que mi conciencia y mi sangre se rebelaban contra tanta destrucción, y al sentirme impotente a los gritos dolorosos de niños, de madres, de mujeres, mi único deseo fué huir allá donde, con mi trabajo, con mi esfuerzo, pudiera ayudar por el triunfo de nuestra Causa antifascista.

No es posible vivir en un régimen que deba imponerse a sangre y fuego; no es posible vivir entre quienes han perdido la más leve noción de humanidad y que no representan más que la negación de la propia vida. Querer subsistir a fuerza de víctimas inocentes;

Un Refugiado que "honra"

Alcaldía de Villahermosa del Río (Castellón).—El Consejo municipal de mi presidencia, en sesión del día 9 del actual, adoptó, entre otros, el acuerdo siguiente: La Corporación ha visto con satisfacción, y así se hace constar, los relevantes servicios prestados al Municipio por el refugiado en esta localidad Luis Verde Iglesias, durante el tiempo que ha ejercido el cargo de secretario-habilitado de este Consejo municipal.—Lo que comunico a esa Oficina Central de Asistencia a Refugiados, a los efectos consiguientes. Salud y República.—El presidente del Comité de Refugiados, Juan Archena.

querer dominar no importe cómo ni de qué manera, es igual que abrirse un abismo a los pies.

Si antes España se oponía al fascismo, si antes se preveía el peligro que esos pueblos representarían para la humanidad consciente, ahora que España ha vivido esa invasión fascista, ha sabido contestar y ha sabido puntualizar su tradición eminentemente liberal, antítesis de todos los fascismos que hacen de los hombres cosas. Que todos tengan en cuenta aquella frase histórica de Napoleón, que, al mismo tiempo que afirmaba la independencia de nuestra raza, confesaba su impotencia.

Nuestra España antifascista, que realiza una obra superior, por ser defensiva y constructiva, representa el norte de todas las conciencias libres del mundo. Por lo que somos, por lo que representamos, hemos de hacer que nuestra Causa triunfe. Todos los que hemos vivido aquellas horas amargas de crueldad inenarrable de los invasores y que sentimos amor a España, a nuestras tradiciones y a nuestra independencia, hemos de trabajar sin descanso, uniendo nuestro esfuerzo a todos los que luchan en el frente y en la retaguardia para que sea posible la conquista total de nuestra PENINSULA IBERICA.

No me he quedado con los fascistas por varias razones, entre ellas, y las más poderosas, son las siguientes:

Primera. Sin que por razón de mi edad, 16 años, pueda blasonar de militar en ningún Partido ni Organización, siento ansias de liberación de mi pueblo y del proletariado.

Segunda. Por mi condición de mujer, que no quiere verse ultrajada por los monstruos del crimen.

¡MUERA EL FASCISMO!

JOSEFINA GUTIERREZ GARCIA

(Refugio Margarita Nelken.)

Porque los fascistas, a todos los que cojen por delante, los matan, por eso nos hemos evacuado.

Aquí en Valencia han formado guarderías de niños para que los evacuados de las zonas de guerra puedan estudiar y que vivan felices, ya que nuestros padres o hermanos están dando la vida por la libertad.

Y, sin embargo, aquí estamos y hay que portarse bien y estudiar para que

el día de mañana seamos unos hombres bien instruidos.

Y cada uno que vuelva a su tierra. Salud.

ALBERTO ORTUÑO (13 años)

(Refugio Ramón y Cajal.)

Huí del campo faccioso porque me sentí español; quizás nunca, como ahora, pueda manifestar las convicciones de toda mi vida respecto a la tiranía y a la explotación; de siempre mantenía calladamente un odio a todo lo que representaba el fascismo; sabía las represiones contra el movimiento obrero en los países donde éste imperaba; como también sabía de la destrucción y el dolor sembrados por doquier y concretamente en nuestra invicta capital de España, y por convicción sabía que el día que hollaran con sus plantas mi pueblo, yo habría dejado de existir como ciudadano libre, para ser esclavo del fascismo internacional, y por eso huí, porque me sentí español y porque no quería ser esclavo.

JOSE GALLEGO, de Málaga

Trabajo y ocupación para los Refugiados

Los refugiados desean trabajo y los Consejos municipales deben hacer lo posible para procurárselo.

Los refugiados desean trabajo y hay que dárselo. Lo necesitan para satisfacer sus deseos de agradecimiento y sus ansias solidarias.

Quieren elevar su moral ayudando en la lucha antifascista con su prestación de trabajo.

Quieren equipararse con sus hermanos acogedores que laboran febrilmente. Pero para ellos no hay trabajo.

Hay que movilizar sus brazos.

Buscar ocupación para los refugiados es una obligación, una necesidad, un deber, una satisfacción.

Los Consejos municipales y los Comités de Refugiados, conscientes de su deber antifascista, financian pequeños trabajos—en régimen solidario—, que realizan los refugiados y que la OCEAR se cuida de organizar.



AURORAS ANGELA GRAUPERA

(Continuación.)

—La hospitalidad no es curiosa. No me importa quién seáis. Sé únicamente que sois mis huéspedes, a los cuales atender y respetar. Mi hijo no tardará en llegar y me ayudará a preparar la cena y las habitaciones.

—Nosotros les ayudaremos—ofrecieron las jóvenes enjugándose el llanto que aún estrujaba y arañaba sus gargantas.

—Tenéis los pies hinchados y es de necesidad estar quietas.

—Cómo agradecer tanta bondad—suspiraron las dos a la vez.

Iba a replicar el anciano, cuando con pasos firmes y sonoros entró en el comedor un apuesto mozo que se detuvo sorprendido, interrogando con los ojos a su padre, quien brevemente anunció.

—Viajeros extraviados.

—Bienvenidos seáis—saludó alegremente alargando las manos, que las mujeres estrecharon tímidamente y el hombre con efusivo vigor.



El dueño cambió unas frases con su hijo y éste salió, no tardando en volver con un jarro de espumosa leche que obligaron a beber a los extenuados caminantes.

Alentadas por el familiar y acogedor ambiente, no tardaron las mujeres en secar las lágrimas mirando enternecidas el ir y venir de los dueños preparando la cena que fué sencilla, pero abundante, sana y nutritiva.

Ofrecieron a las dos jóvenes su propio dormitorio, situado en el único piso de la casa, por ser el más espacioso, mejor situado y confortablemente amueblado.

—Los hombres ya nos arreglaremos por hoy.

Mañana prepararemos otras habitaciones—habló amablemente el anciano acompañando a las rendidas mujeres y deseándoles una buena noche.

Escucharon los pasos, lentos y cansados, que les llegaban desde el piso superior, y cuando se hizo el silencio el viajero se lamentó.

—¡Como fantasmas errantes hemos recorrido pueblos y aldeas!

—¿No se les abrieron puertas generosas?—interrogó el dueño, soltando antes bocanadas de humo de su encendida pipa.

—Mi mujer no puede soportar, ni resistir la vida tranquila y sosegada del campo. Tiene miedo de sus silencios. Necesita del bullicio y del incesante movimiento de las ciudades. Nos queda poco dinero y para economizarlo estamos obligados a largas caminatas. Nos tuvimos por perdidos, cuando después de horas de andar no habíamos descubierto la presencia de seres humanos que no fuese en llegando aquí, las mieses y los bancales de hortalizas.

—Vivimos en solitarios como los antiguos anacoretas, con la enorme diferencia que ellos holgaban y oraban, y nosotros cantamos y trabajamos—contestó el anciano, una pálida y bondadosa sonrisa dilatando los marchitos labios.



—Dichosos ustedes que han sabido encontrar la verdadera filosofía de la vida.

—Esta filosofía pueden aprenderla todos los hombres de alma sencilla y de buena voluntad.

—Los hombres bien, pero, ¿y las

mujeres?—insistió el viajero con mucha tristeza en la velada voz.

—También pueden aprenderla si el educador se ofrece como ejemplo, tiene la paciencia de la espera y la sabiduría de la persuasión.

—Confieso que hasta hoy no puedo vanagloriarme de una ejemplar sencillez de costumbres. El egoísmo es el imperativo al cual someto una gran parte de mi vida.

—¿Y pretende V. que las mujeres no conozcan este brutal imperativo? La eterna ley de los egoístas, cuando es tan fácil no pretender nunca de los otros lo que no quieras pretendan de ti—amonestó el anciano.

Y como diera muestras de gran fatiga le rogaron dejara la conversación para el día siguiente, y el joven, sin hacérselo repetir, subió a la habitación que le habían preparado someramente, sobre cuyo lecho no tardó en caer en profundo y reparador sueño.

Al quedar solos padre e hijo se miraron y se comprendieron.

—Otros como los muchos que han pasado por estas tierras. No lloran sobre la sangre vertida. No lloran sobre las víctimas del odio y del furor humano. Lloran su tranquilidad perdida, lloran el fin de una existencia modesta, pero fácil, cómoda y placentera.

II

Al día siguiente, al abrir Luisa la ventana encontró en la habitación todos los perfumes de la tierra en la plenitud de su gestación; una voz varonil, cálida y vibrante la obligó a asomar el busto sobre el alféizar deseosa de conocer al rústico trovador.

Lo encontró trabajando en los bancales de hortalizas; por unos momentos estuvo suspensa del canto, y a b o r e a n d o muy a pesar suyo las notas que salían de la privilegiada garganta sin dejar, al propio tiempo, de admirar la gallardía del joven trabajador.



—¿Quién canta?—preguntó Margarita aún acostada.

—El hijo de este campesino que nos presta hospitalidad—contestó con una sonrisa despreciativa en los labios y haciendo ademán de cerrar bruscamente la ventana.

—No la cierres, Luisa. Deja que entre con frescuras mañaneras esa voz que tiene en mis sufrimientos ecos de consoladora esperanza.

—Siempre romántica. Siempre esperando favorables acontecimientos—refunfuñó mirándose en el turbio espejo colgado sobre una muy antigua cómoda.



—¿Qué sería de nosotros si nos dejásemos dominar por el desaliento? Si... lo sé, todo lo hemos perdido... Todo se ha quedado allá... Quizás, al volver, nada encontremos que no sean recuerdos, pero somos jóvenes y podremos reconstruir el nido con más solidez, porque tendremos el material de la experiencia—habló Margarita cuerda y con encantadora suavidad, no obstante los agudos dolores que atormentaban sus piernas.

El canto volvió a llenar la azul inmensidad con las melancólicas notas de una balada, y mientras su hermana extendía sobre sus labios el sangriento carmín de un lápiz, Margarita bebía la voz que subía y la penetraba de dulce y extraña emoción.

—¿No te levantas?—preguntó terminada la delicada obra de hermosear su rostro, ligeramente marchito por las penalidades de la odisea.

—No puedo sostenerme. Los dolores, en vez de disminuir, aumentan—dolióse, incorporándose con esfuerzo y dejándose caer nuevamente, con triste desaliento.

—Por tu culpa estaremos obligados a pasar otro día en este fúnebre desierto.

—No hables así, Luisa. Eres buena y diríase pones empeño en parecer mala. Ayer miraste surgir esta casuca como luminosa playa de salvación. Y así fué, porque sus dueños nos acogieron, con afectuosidad inesperada, merecedora de gratitud.

—Sí, todo lo que tú quieras, Margarita, pero me tarda vivir otra vez nuestra acostumbrada vida.

—Creo tardaremos mucho, Luisa. Nuestros recursos se han agotado.

—Jaime trabajará cuando estemos instalados en alguna importante ciudad. A mi marido le ha entrado la manía de la provincia, de los pueblos grises y polvorientos.

—Quizás no le falte razón. Siempre se vive con mayor economía y tranquilidad que en las grandes capitales.

—Con sus aburrimientos y su gente sucia, rutinaria, curiosa y entrometida. El día de hoy se me hará interminable.

—Ayuda a esos buenos hombres—propuso dulcemente la doliente.

(Continuará)

ESFUERZO DE CATALUÑA



Gracias, gracias, catalanes

Cuando antes de que nos envolvieran los horrores de la guerra, en plena normalidad, los alumnos de las escuelas de Barcelona, en las que conviven niños originarios de todas las regiones españolas, constituían las «Colonias Escolares de Vacaciones» que sufragaba el Ayuntamiento de la ciudad, se esparcían por los más variados pueblos, para hacerlos lo más feliz posible su estancia, lejos de su hogar y procurar que la finalidad médica o higiénica de la colonia fuese conseguida. Eso es: Asistencia sana, abundante y cobijo confortable.

Los pequeños siempre contentos y agradecidos del trato recibido, felices y alegres cantaban diversas canciones y entre ellas daban preferencia a una cuya estrofa final, que traducida literalmente al castellano, decía: «gracias, gracias, catalanes; que tratáis a los hijos del pueblo, con amor de buenos hermanos».

No sé por qué, he recordado ahora la estrofa que, sacrificado el consonante a una traducción fiel al concepto, nos hable del espíritu fraternal y acogedor de los pueblecitos de Cataluña, atentos a las necesidades materiales de sus hermanos y dispuestos a compartir con ellos no sólo el aire puro, el sol y los bosques, sino también sus provisiones, sus hogares, sus cuidados y afectos.

La guerra ha sembrado de horrores y de miserias campos y ciudades. Los hogares, deshechos; los bienes, perdidos; pero hay pueblos acogedores que gozan de una vida apreciable que la brindan y comparten con los refugiados de guerra. Con todos, sin distinciones.

La fraternidad, noble sentimiento humano, sublime afecto, no entiende de política, ni de credos. No conoce distancias ni diferencias de lengua. Se siente espontáneamente y se vierte al exterior, derramando amores a los más necesitados de ellos: a los niños, a las madres, a los ancianos, a los enfermos. Del Norte, del Mediodía o del Centro, es igual. ¡Son hermanos!

Y en perfecta armonía y cariño fraternal, se comparte todo y se procura alegrarles la vida; ya en régimen familiar, ya en refugios colectivos, ya en colonias infantiles...

Los niños. Estos son, los más delicados de sentimientos, los más alegres, porque no llegan a comprender todo el dolor de la tragedia que nos rodea; cantan. Cantan felices y agradecidos. Sus voces no lo pronuncian, pero sus caritas risueñas y rollizas, dicen: «Gracias, gracias, catalanes; que tratáis a los hijos del pueblo, con amor de buenos hermanos.»

DR. VIVANCOS

Nota de la Redacción. — En números sucesivos publicaremos trabajos relativos al esfuerzo de Valencia, Alicante, Murcia, Albacete, etc., etc.

